

Broquetas, Magdalena (coordinadora). *Historia visual del anticomunismo en Uruguay (1947-1985)*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2021, 308 pp.

*Historia visual del anticomunismo en Uruguay* es un libro coordinado por Magdalena Broquetas en el marco de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, que busca acercarse al imaginario visual elaborado por las derechas anticomunistas en el Uruguay a lo largo de la Guerra Fría, desde sus inicios, en la segunda mitad de la década de 1940, hasta el final de la dictadura civil militar, en 1985. La novedad en la propuesta de los autores radica en el valor que se le da a la imagen, ya sea una caricatura o una fotografía, las que se analizan rigurosamente en el entendido de que son fuentes relevantes para el conocimiento del pasado, y no solo un acompañamiento para el texto historiográfico. De esta manera, se acercan a publicaciones de prensa marcadamente anticomunista, como *La Mañana*, *Azul y Blanco* o *El País*, para conocer los modos en que allí se representó al enemigo comunista, a la vez que se legitimaba la participación de las Fuerzas Armadas en la vida política cotidiana.

La introducción corre a cargo de la coordinadora Broquetas y es el espacio en donde se presenta con brevedad lo que se estudia posteriormente: por un lado, el anticomunismo en Uruguay y, por otro, la importancia de estudiarlo a través de las representaciones visuales, ampliando así las fuentes existentes para su estudio.

El primer capítulo, escrito por Fernando Adrover, se enfoca en la temprana Guerra Fría y aborda dos puntos clave del período en Uruguay: la transformación del antifascismo de los treinta y cuarenta en antitotalitarismo, con el objetivo de incluir al comunismo soviético en el campo enemigo, y la circulación transnacional de imágenes que pretendían demostrar el peligro de esta ideología, agravado ahora por su expansión territorial. En esta línea es que se analiza el rol central desempeñado por la cartografía, señalando el avance imperialista de la Unión Soviética y la amenaza que se cernía sobre todo el planeta, a la vez que se insistía en su carácter totalitario a través de fotografías

que pretendían mostrar el hambre y la miseria del socialismo real. Por último, Adrover señala el ejercicio de animalización realizado por los propagandistas anticomunistas, representando al comunismo como un oso, una serpiente o una araña, siempre con connotaciones negativas, al tiempo que también aborda el papel del cine en la construcción del anticomunismo de este período.

El segundo capítulo corre a cargo de Matías Rodríguez Metral y analiza el imaginario anticomunista referido a la educación durante los gobiernos de Jorge Pacheco Areco y Juan María Bordaberry. El autor estudia las diversas formas en que se busca ridiculizar mediante caricaturas a los estudiantes y los docentes, así como a la Universidad de la República, acusándolos de representar intereses extranjeros y seguir directamente las órdenes emitidas desde La Habana o Moscú. A esto agrega portadas de diversos periódicos anticomunistas en los que se acusa a la Universidad de poseer vínculos directos con los tupamaros, a través de los dos rectores que tuvo en el período 1968-1973.

Marcos Rey escribe el tercer capítulo, referido a la percepción anticomunista sobre las juventudes y la sexualidad desde 1968, en el marco de una serie de rápidas transformaciones que parecían poner en jaque al modelo de familia tradicional. Utilizando caricaturas y fotografías, estos conservadores crearon tres grandes arquetipos de juventud que se debía combatir: al *hippie*, al militante comunista y al agitador estudiantil, a la vez que se los relacionaba con «desviaciones sexuales» que debían ser censuradas. *La Mañana*, *El País* y *Azul y Blanco* son abordados demostrando la campaña constante que la prensa oficialista emprendió ante lo que entendían como perversiones morales.

En el siguiente capítulo, Álvaro Sosa se centra en el sindicalismo y los combates emprendidos desde el gobierno contra él, entre 1967 y 1985, buscando convencer a la población de que se encontraba bajo control comunista. Este razonamiento desembocaba en la idea de

que la Convención Nacional de Trabajadores no tenía como objetivo la defensa de los trabajadores, sino la defensa del comunismo soviético.

El quinto capítulo, escrito por Javier Correa, aborda la cobertura periodística de la prensa anticomunista sobre los secuestros realizados por el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) a lo largo de 1970. Allí contraponen las imágenes de los tupamaros, referidos siempre como terroristas, con las de los secuestrados (Dan Mitrione, Aloysio Dias Gomide) y fundamentalmente sus familias, poniendo foco en sus esposas e hijos. Así se traza una línea que pone de un lado a la subversión y del otro a aquellos que mantenían y respetaban las tradiciones familiares.

En el capítulo seis, Broquetas analiza el ataque de la prensa anticomunista contra el recientemente creado Frente Amplio en la campaña electoral de 1971, aludiendo a tópicos ya mencionados: la sumisión del frenteamplismo a Moscú y La Habana; el control de la nueva coalición por parte del Partido Comunista; sus intenciones antidemocráticas y totalitarias, y el intento de engañar a los votantes a través de la mentira. A esto se suma la presentación de escenarios apocalípticos en caso de que la coalición triunfase, como la construcción de un muro para separar Montevideo del interior del país a imagen y semejanza del de Berlín, de invasiones como la de Checoslovaquia o incluso la sustitución de la simpática imagen de niños en la escuela por una especie de campo de trabajo con la bandera comunista.

En el siguiente apartado, Rey profundiza en la propaganda pachequista en esos mismos comicios. El autor destaca como ideas principales de esta el culto a Pacheco; la amenaza real de la infiltración marxista, como sucedió en Chile; el peligro existente sobre el orden social tradicional; una curiosa retórica antipolítica que ponía a Pacheco por fuera del sistema de partidos, y el espacio privilegiado que ocupó el campo como reserva moral de la nación.

En el octavo capítulo, Adrover aborda las transformaciones y las permanencias en el anti-comunismo de la Iglesia católica desde los años treinta hasta los momentos inmediatamente anteriores a la dictadura, y pone especial énfasis en la forma en que los sectores ubicados más a la derecha vieron el acercamiento de algunos curas a movimientos revolucionarios, especialmente al MLN-T.

El noveno capítulo, elaborado por Sosa, sigue la Operación Morgan y la creación de un enemigo interno durante la propia dictadura, en este caso el Partido Comunista, como forma del gobierno de facto de mantener presente el sentimiento de terror, para controlar a la población y legitimar su propio accionar.

En el siguiente capítulo, Rodríguez Metral recorre la dimensión internacional del imaginario comunista entre 1973 y 1985, analiza cómo desde la prensa productadura se veía a este bloque y pone el foco fundamentalmente en las figuras de Fidel Castro y Leonid Brezhnev, aunque también destaca la aparición del polaco Jaruzelski y las críticas a Wilson Ferreira Aldunate y Jimmy Carter, acusados de favorecer al enemigo.

En el capítulo que cierra el libro, Adrover muestra la construcción de una memoria militar que legitimara su nuevo rol de gobierno, basándose en la idea de un Uruguay amenazado por el comunismo del que solamente ellos podían defenderlo.

En definitiva, este novedoso trabajo implica un avance importante en nuestro conocimiento sobre el Uruguay del siglo XX, porque aborda de forma rigurosa nuevas fuentes que hasta este momento se habían usado, en general, como mera forma de ilustración en lugar de considerarlas material histórico útil para la historiografía.

**Nicolás Bonomi Gadea**  
Facultad de Ciencias Sociales,  
Universidad de la República